

## 25 AÑOS DESPUÉS. NOTAS PARA UNA DIFÍCIL RECONCILIACIÓN

Ricardo Lagos Escobar<sup>1</sup>

Siendo invitados a reflexionar sobre la reconciliación en Chile, se hace necesario observar lo que ha ocurrido desde aquel 5 de octubre de 1988, cuando la ciudadanía dijo NO a la perpetuación de Augusto Pinochet en el poder. Han pasado casi veinticinco años, y para algunos la reconciliación es aún una tarea pendiente. Veamos el porqué de tan difícil proceso.

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 marcó el inicio del quiebre más grande de la historia de la sociedad chilena. Aquella dictadura de más de 17 años fue la herida más profunda que afectó a chilenos y chilenas, provocando la separación en bandos irreconciliables. Como dijera el cardenal Raúl Silva Henríquez, aquello “*afectó lo más profundo del alma nacional*”, enfrentando a la sociedad chilena en torno a los valores más básicos de la convivencia humana. ¿De dónde salieron los chilenos que torturaron, que violaron derechos con tanta saña? ¿Qué explica que el trabajo del torturador deviniera casi en un trabajo burocrático, con una pausa para el café, para luego seguir torturando? La sociedad chilena sabía que eso ocurría todos los días. Pero una parte de los chilenos, curiosamente, daba la razón de que “*algo habrán hecho*” para merecerlo, y así aliviaban su conciencia. Otros, en cambio, miraban con horror tanto terror. Algunos veían en el exilio obligado una suerte de consuelo, porque al menos el peligro inminente desaparecía. Recordar esto no es para abrir heridas, sino para entender la materia del objeto de una reconciliación posterior. En una sociedad donde todavía hay quienes debaten si la razón en

---

<sup>1</sup> Abogado de la Universidad de Chile, Doctor en Economía de la Universidad de Duke. Fue Presidente de la República en el periodo de 2000-2006. Fue militante del Partido Radical, hasta 1961. Luego ingresó al Partido Socialista en 1970, siendo parte de sus líderes. Fue fundador del Partido Por la Democracia. Ministro de Educación durante el gobierno de Patricio Aylwin y Ministro de Obras Públicas durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle. Actualmente preside la Fundación Democracia y Desarrollo.

la Patria Vieja, para definir dónde enfrentar a los españoles, la tuvo O'Higgins o Carrera, cuesta imaginar qué queda para sanar las heridas del más grande quiebre sociopolítico de este país.

El título de este libro, *Las voces de la reconciliación*, puede dar a entender que todos los que aquí escribimos somos parte de un proceso colectivo de reconciliación. Sin embargo, creo que, en verdad, al menos este autor no ha sido parte de un proceso colectivo de reconciliación, ya que la reconciliación es un acto subjetivo. Prefiero decir que he sido parte de un proceso de transición. Pero aun respecto de la transición, los pareceres son diversos. Para algunos ha sido ejemplar; otros opinan que fue pactada. Hay quienes la ven como un proceso evolutivo hacia un Chile más adecuado; otros piensan que es algo más complejo y difícil. Para quienes hemos sido actores de la vida política chilena buena parte de los últimos 30 ó 35 años, definimos la lucha contra la dictadura como un proceso que debía hacerse con las armas de la democracia y no por la violencia. No todos tenían la misma percepción en esos momentos: para muchos era imposible concebir que una dictadura terminara por la vía pacífica, pero también muchos pensábamos que era imposible enfrentar una dictadura de las Fuerzas Armadas por medios violentos, porque eran ellos quienes, detentando el poder, la practicaban a diario, haciendo del terror su arma fundamental. Era absurdo pensar que podrían ser desalojados por las armas.

Por el contrario, las acciones que pretendieran recurrir a la fuerza justificarían el seguir practicando a diario la violencia contra la población civil. Lo que ocurrió es que, poco a poco, luego de muchas movilizaciones y protestas sociales, sectores de los más distintos ángulos de la sociedad chilena lograron ponerse de pie.

Lo anterior se logró gracias a la voluntad de movimientos sociales genuinos y valientes, como el movimiento de mujeres por la vida, el de los jóvenes que conformaron federaciones estudiantiles y el de los trabajadores que comenzaban a tener una incipiente sindicalización, todos reunidos casi clandestinamente para poder operar. Junto con ellos, una lenta pero continua reorganización de las agrupaciones políticas. Reconciliar sí, pero no olvidemos que todas las formas de asociación fueron destruidas y eliminadas: sindicatos, partidos políticos, organizaciones no gubernamentales.

Frente a estos hechos, los principales diarios, los canales de televisión y buena parte de las radios sabían lo que podían y no podían decir o publicar. Más allá de la censura existente, había una poderosa auto-censura manipulada por el temor.

Por otra parte, el dictador, para mantenerse en el poder, tenía que seguir un camino establecido en el itinerario de su peculiar constitución del '80. Originalmente, se quiso establecer en ella que el Presidente duraba 16 años; sí lector, lo lee bien, ¡16 años! Pero un atento ministro le dijo: “¿No será mucho, Presidente? ¿No será mejor establecer un mandato de ocho años, reelegible por otros ocho años mediante un plebiscito para que usted siga en el poder?”. Y esa fue la razón por la cual debió llamarse a un plebiscito el '88. En ese tiempo ya teníamos la convicción más profunda de que Pinochet, a esas alturas, era minoría. Y pensamos que era posible organizarnos para derrotarlo a partir del propio camino que él había elegido y que tenía que recorrer para seguir en el poder.

Por primera vez sabíamos por dónde tenía que transitar Pinochet, y al mismo tiempo sabíamos dónde y cómo podíamos oponernos a él. Fue así como se dio comienzo a la campaña, primero, para que hubiere registros electorales, y después, para poder llamar y convocar a inscribirse en dichos registros. Existía además la necesidad de formar un partido político, que contara con una campaña para que esos partidos pudiesen tener apoderados y contar los votos el día de la elección y así obtener nuestros propios cómputos ese mismo día. Todo esto respondió a un largo proceso cívico, proceso que se basaba en una convivencia cívica entre los que pensábamos distinto. Los amigos de la derecha liberal, pero demócrata. Los amigos de la Democracia Cristiana, del Partido Radical, del Partido Socialista, de los que habían sido las fuerzas políticas del país. El mundo socialista tenía más complejidades, estaba dividido en varias facciones, donde seguía el debate violencia/no violencia, participación o no participación con el Partido Comunista, etc. Todo esto contribuyó entonces a la punta del iceberg político que significó ese peculiar plebiscito del 5 de octubre, que el mundo observó en un comienzo con incredulidad pero luego con gran alborozo tras el triunfo, puesto que la derrota de Pinochet conmocionó al mundo. Se había demostrado que era posible derrotar al dictador con las armas de la democracia y valiéndose de las propias reglas creadas por el régimen, aho-

ra volcadas en contra del tirano. Con cierto eufemismo se dijo “*lo derrotamos con un lápiz y un papel*”; pero para llegar a ese lápiz y papel fue necesario un largo proceso de movilización social y sobre todo, diluir el miedo, el temor que los largos años de dictadura habían incrustado en la población. Sin miedo, sin odio, sin violencia era lo que repetíamos cada día previo al plebiscito.

A partir del triunfo hubo negociaciones para cambiar algunas cosas mínimas de la constitución, como fue el Art. 8 que prohibía la inscripción de determinados partidos en función de su ideología y en virtud del cual no podía inscribirse el Partido Socialista, por ejemplo. Las modificaciones del ‘89 fueron modestísimas y la más importante, la que exigíamos todos, el cambio al sistema binominal y la reducción de los quórums, no se logró. Ahí se produjo el inicio, quizás, de una reconciliación futura. Se convino que la Concertación junto a Renovación Nacional iban a ser capaces de modificar el sistema electoral chileno y sus quórums. Esto sería a partir de las mayorías que ambas coaliciones obtendrían en el primer parlamento que debía elegirse y que debía estar en funciones en marzo de 1990. Esa es, precisamente, la famosa transición que se tuvo en los años 90. A partir de entonces se comenzó a practicar una convivencia civilizada.

Recuerdo como si fuera hoy cuando fui nombrado Ministro de Educación en el gobierno del presidente Aylwin. En el ejercicio de mi cargo sostuve una reunión con los alcaldes de la Isla de Chiloé. La reunión que se hizo en Ancud fue tensa. En esa oportunidad llegaron los alcaldes de las catorce comunas que, creo, existían en esa época. Los ediles tenían a su cargo la administración educacional de los establecimientos públicos que les habían sido traspasados a los municipios por la dictadura. El ambiente parecía un hielo difícil de cortar. Les señalé que los había convocado en mi carácter de Ministro de Educación porque quería escuchar sus opiniones acerca del sistema educacional que ellos administraban. Se produjo un silencio total. Nadie hablaba. Miraban fijo al frente, sin mirarme. El silencio se convirtió en un ruido imposible de seguir escuchando. Permanecía la tensión. Entonces, opté por *tomar el toro por las astas* y les dije “ustedes jamás pensaron, como alcaldes que nombró Augusto Pinochet, que tendrían que conversar con Ricardo Lagos y menos que éste sea Ministro de Estado. Yo quiero decirles a ustedes que jamás pensé que si me

nombraban Ministro de Estado tendría que estar conversando con alcaldes designados por la dictadura. Lo concreto es que ustedes tienen que hablar conmigo para ver sus problemas y yo tengo que hablar con ustedes para ayudar a resolverlos, porque la educación de los niños de Chile está primero”. Se rompió el hielo y comenzamos a conversar. Esa fue la transición, con Augusto Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército por ocho años.

¿Podemos decir entonces que ahí comenzó una convivencia civilizada? El ejemplo precitado es tremendamente ilustrativo. A partir de eso, de aquella mirada directa y de frente entre adversarios ahora obligados institucionalmente a interactuar, se comenzó a conversar, a dialogar con aquellos que venían de la dictadura. Un segundo ejemplo. Recuerdo que los senadores designados en el Congreso hablaban muy poco en las sesiones que me tocó asistir. Estaban sentados debajo de unas tribunas que sobresalían, de manera tal que casi no se veían. Tenían el temor de que se les inquiriera acerca de a quién representaban, de quién los había elegido. Que yo sepa, nunca se les dijo algo así, pero ellos lo temían. Así fue cómo la transición comienza a entender que para ser exitosa debía practicar la tolerancia. Pero tolerancia significa aceptar la verdad del otro; tolerancia significa siempre entender que mi verdad termina donde comienza otra verdad; y tolerancia significa entender que no puedo hablar desde una verdad absoluta, porque eso implica que los otros están en el error. Es difícil, lo comprendo. Es complicado entender que si yo pienso que el derecho natural existe desde antes o viene de origen divino, alguien lo ponga en cuestión y sostenga, por ejemplo, que no existen tales derechos preestablecidos, sino que todos ellos son creación del derecho positivo (Kelsen *dixit*). Sé que tal argumento pueda ser difícil de entender por el iusnaturalista. Sin embargo, lo crucial está en cómo comprendemos que la práctica de la tolerancia obliga a tener que despojarnos de aquella creencia en una verdad absoluta en virtud de la cual, si acepto una posición contraria, entonces estoy renegando de mi estructura de valores. Es necesario saber que justamente es en esa fricción argumental donde descansa alguna posibilidad de entendimiento. Es preciso concebir que la aceptación de una posición contrapuesta no significa perder los valores propios, los que siguen siendo mis valores; ahora comprendiendo que no puedo imponérselos a otro. Con ciertos

límites, por supuesto. ¡Ah! Es que hay valores en los cuales todos debemos concordar, sin duda. El respeto a los derechos humanos es uno de esos valores, pero entonces ¿por qué algunos no los respetaron? ¡Ah! Es que había excusas para violarlos. Entonces fuimos aprendiendo que la tolerancia es una tarea compleja de realizar.

Los temas de valores y tolerancia son dificultosos. Recuerdo en una ocasión haberle preguntado a un parlamentario, joven en ese tiempo, de la UDI: “¿Y ustedes hoy día aprobarían las leyes laicas de Santa María, cuando se crea la Ley de Registro Civil, los cementerios laicos, el matrimonio civil, etc.?” “No lo había pensado”, me dijo. Después de un rato de conversación sobre otros temas, me contestó: “Lo tengo claro, nosotros hoy lo rechazaríamos porque está en contra de nuestros valores”. Vaya, pensé para mi capote. Parece ser que en el Chile del siglo diecinueve, el de Domingo Santa María, había más tolerancia porque se entendió, por parte de los conservadores de la época, que podían votar en contra de esas leyes, pero había que aceptarlas porque era parte de la tolerancia de una sociedad donde no todos eran católicos.

Diría entonces que tenemos en Chile una institucionalidad que nos ha permitido procesar diferencias. Una institucionalidad que nos ha permitido ser más tolerantes. Sin embargo, ¿quiere decir ello que la transición ya concluyó? Me parece que es distinto sostener que vivimos una transición civilizada, que tenemos una transición que practica la tolerancia o que hemos aprendido a practicarla, a decir que terminó la transición.

Siempre he pensado que la transición termina cuando las reglas por las cuales en una democracia se procesan las diferencias son aceptadas por todos. Y tengo que concluir, casi 25 años después, que una de las reglas básicas de una democracia, que es el sistema electoral, todavía no es consensuado entre todos porque aún los que vienen de ayer, creyentes de la constitución de Pinochet, no aceptan modificar el sistema binominal. No es una transición muy ejemplar si todavía no concluye después de 25 años y existe una derecha que se sigue parapetando en el sistema binominal, que en la práctica produce el empate en las coaliciones, haciendo imposible la obtención de los quórums necesarios para la modificación de la carta fundamental, con lo cual se mantiene una suerte de derecho a veto sobre la sociedad chilena. Me

pregunto: si esto aún no concluye, ¿cómo haremos para poder avanzar hacia la reconciliación?

La transición tiene normas y reglas. Muchas de ellas las hemos mejorado sustancialmente. Todos los enclaves autoritarios, afortunadamente, están erradicados. Ha habido algunos pasos que ha dado la derecha. Claro, como el fin de los Senadores designados. Para decirlo claramente, esto ocurrió cuando el poder cambió de mano y no era seguro que estos nuevos designados estuvieran tan dispuestos a mantener las cosas como estaban. No quiero seguir por este camino porque alguien podría decir que no tengo derecho a pensar mal de nadie y tendrá razón.<sup>2</sup> Lo que sí diría es que es difícil pensar en reconciliarse cuando alguien todavía está, a juicio de otros, abusando de un sistema electoral que se hizo al amparo de la fuerza y se mantienen los altos quórum que exigía la constitución de Pinochet. Claramente habla de un aprovechamiento de un sistema electoral en el cual los chilenos, creo, mayoritariamente, no aceptamos.

Tal vez llegaríamos a dar por concluida la transición si nos pudiéramos de acuerdo en lo electoral y en la disminución de quórum. De igual manera hay que eliminar la idea de Estado subsidiario porque eso es expresión simplemente de una ideología y no de una realidad. El Estado debe ser lo que la ciudadanía mayoritariamente desee. Si la ciudadanía decide que el Estado no debe participar en nada, pues no participará en nada. A la inversa, si decide que, luego de lo visto en la actual crisis internacional y a la necesidad de mejores regulaciones financieras, cree necesario que el Estado debe tener un rol más decisivo porque el mercado no se regula a sí mismo, tiene todo el derecho a hacerlo. Pero esto no quiere decir de antemano que es inconstitucional un Estado activo pues significa incorporar una particular ideología en la constitución.

Estos son los temas que están pendientes. Si estos temas no encuentran solución, si todavía no hemos culminado con un orden institucional en que

---

2 “Su disposición a eliminar a los senadores designados, por ejemplo, estaba en directa relación con la pérdida de votos en el Congreso a medida que los partidos de la Concertación concurrían a designar senadores.” Fuentes Saavedra, C. *El Pacto. Poder, Constitución y prácticas políticas en Chile (1990-2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2012, pág. 21.

todos consensuemos, ¿cómo procesamos nuestras diferencias?, ¿podemos, en nuestro fuero interno, pasar al plano más subjetivo de la reconciliación? Veamos. Uno se reconcilia con quién ayer discrepó, pero la reconciliación asume que ese con quién ayer se discrepó, también entiende que hubo un error. El error lo cometí yo, pido perdón. El error lo cometió el otro, ¿pedirá el otro perdón? Sí, cometimos muchos errores y desde mi punto de vista así fue. ¿Los hemos reconocido? Aquellos que en un momento distinguían si la democracia era burguesa o revolucionaria, ¿entienden hoy que hay una sola democracia, que la democracia es un proceso evolutivo y que este proceso, con todas sus complejidades y dudas, requiere sobre todo de respeto y tolerancia?

Es cierto, el tema del perdón es muy importante para alcanzar la reconciliación y es aquí donde en la sociedad chilena y sus instituciones morales—como la Iglesia— han planteado la necesidad del perdón. Fue en extremo importante cuando después del Informe Valech las instituciones armadas estuvieron de acuerdo en validar el Informe, a diferencia de lo que ocurrió con el Informe Rettig. Hubo un avance importante en las instituciones armadas en los trece años que mediaron entre los dos informes. Fueron informes importantes para reconciliar el país. Recuerdo perfectamente el debate al interior de mi administración acerca de constituir o no una Comisión Presidencial sobre Prisión Política y Tortura y, en caso afirmativo, pedirle a Monseñor Valech que lo encabezara por el rol tan ejemplar que había tenido en la defensa de los derechos humanos. Cuando anuncié la formación de la Comisión dije que “no hay mañana sin ayer”, o sea, no se construye futuro sin mirar el pasado. Después, cuando recibí el trabajo y lo informé a Chile, concluí diciendo “para nunca más vivirlo, nunca más negarlo”. Para nunca más vivir violaciones a los derechos humanos y nunca más negar que estas violaciones existieron.

Es indudable que estos informes han contribuido a aclarar lo que ocurrió, pero, más importante, para reconciliar a unos y otros. Sin embargo, ¿hay que pedir perdón por esto? Muchas instituciones lo han hecho. El mundo civil está en deuda. Los que participaron de ese gobierno, los que fueron personeros de ese gobierno, ¿no supieron que se violaban los derechos humanos? ¿No sería el momento de decir nos equivocamos, no levantamos la voz, o lo que muchos dicen, tratábamos de hacer lo posible desde dentro? ¿No sería ahora el mo-

mento de decir que aquello no fue digno del pasado de Chile? No deja de ser notable que quién haya pedido perdón al país haya sido alguien opositor al gobierno militar, el presidente Patricio Aylwin.

Aquí entonces llegamos hacia la parte final de estas voces de la reconciliación. La reconciliación es un acto personal, subjetivo. Cada uno de nosotros puede sentirse reconciliado con los culpables. ¿Reconciliado con todos y cada uno? ¿Reconciliado en abstracto? Tal vez, más que reconciliación, deberíamos proponernos avanzar hacia una sociedad tolerante, hacia una sociedad en donde nos respetemos los unos a los otros, en que ninguno crea hablar con la verdad absoluta para imponérsela al resto. Crear las instituciones que nos permitan procesar las diferencias, la diversidad que tenemos en todos los ámbitos y, por lo tanto, nutrirnos de ella para poder llegar a ciertos temas comunes a todos. La reconciliación, para que sea posible, debe ser un acto de contrición que todavía no llega ni se otea en el horizonte. A lo mejor nunca llegará y en ese caso, entonces, a otras generaciones, las que no vivieron lo que ayer ocurrió, les sea más fácil mirarse a los ojos. Comprenderán, quizás, el desencuentro profundo que vivieron sus abuelos o bisabuelos. Las nuevas generaciones quieren pensar en el futuro, entonces hay que dejar que la historia realice su importante tarea. Podrán así aprender de los errores que cometimos. Allí están esos informes, allí está el Museo de la Memoria, y los recuerdos de tantos sufrimientos y muertes, que cada uno podrá recrear en silencio o en la conversación franca y leal de una deseable y verdadera reconciliación.